

César Conto, figura nacional

(BOCETO BIOGRAFICO)

Por MIGUEL AGUILERA ROGERS

La memoria de César Conto no es patrimonio exclusivo de una bandera; ella es tesoro moral de la república, como que las virtudes de aquel colombiano insigne acrecentaron el patrimonio de la cultura nacional. Acaso la sinceridad y arrojo con que defendió la doctrina filosófica del partido en que vivió y murió afiliado, sean tema grato a su colectividad; pero es más lisonjera la cadena de triunfos alcanzados para la patria por el hombre superior en el campo de las letras hispanoamericanas. La estampa de César Conto se destaca en el panorama intelectual de nuestro país, con relieves nítidos, luminosos, áureos. No labró su prestigio a expensas de méritos ajenos. A fuerza de constancia, de gallardía y de aplicación alcanzó el reconocimiento, sin condición ni medida, que hoy se le tributa dondequiera que se proyectan los perfiles de su obra múltiple y hermosa. Pocos entre nosotros han golpeado con mayor tesón en el yunque de los ideales como el ilustre Conto; pero pocos también que hayan conseguido unificar la admiración de las gentes de pensamiento como aquel compatriota que lo mismo manejaba en su laboratorio espiritual el vitriolo de la ironía, que el vino estimulante de las palabras que reconfortan.

Nació César Conto el 18 de enero de 1836 en la vieja ciudad de Quibdó, situada sobre la orilla derecha del río Atrato, meta codiciada de los tratantes en oro que en aquel tiempo se cosechaba sobre las playas del Chocó. Fue su padre el distinguido abogado doctor Nicomedes Conto, quien, por sus prendas de justicia, probidad

y saber, desempeñó los cargos de gobernador de la Provincia del Atrato, de administrador de las aduanas de Buenaventura y Tumaco, y de diputado ante la Asamblea del Estado Soberano del Cauca.

César Conto cursó las primeras letras en la escuela pública de su pueblo natal. Pasó luego al colegio de Santa Librada en Cali, donde realizó los estudios iniciales de las letras superiores. Allí tuvo oportunidad de gozar de la dirección mental del celebrado sacerdote don Angel Piedrahíta, famoso educador que durante los días de la revolución independiente, contrajo notables méritos por su amor a la causa de la libertad. Junto con César Conto fueron discípulos del doctor Piedrahíta, el inmortal Jorge Isaacs y el castizo escritor don Eustaquio Palacios, autor de El Alférez Real. De Cali vino a Bogotá, más o menos a los diecisiete años de edad. Matriculóse en el Colegio del Rosario, donde, al propio tiempo que concluyó los estudios de humanidades, hizo los cursos de derecho hasta obtener el título de doctor en jurisprudencia.

La vida estudiantil de Conto fue bien accidentada, por la inquietud de su temperamento, por el espíritu bullicioso que ponía aun en los empeños triviales, por su natural inclinación a la jocosidad, y por el deseo de intervenir en la bullanga desatada en Bogotá con ocasión de los sucesos políticos desarrollados durante la presidencia del general José María Obando, agravados durante la dictadura del general José María Melo y que culminaron en la corta contienda civil de 1854. El mozo pálido, ojihundido, seco de carnes, "estrafalario conjunto de huesos y pergamino, frontispicio de difunto", como a sí propio se describió, tenía la idea muy alegre de que si los acontecimientos sobrevenían, no sería por obedecer a causas trascendentales, sino para obligarle a él a tomar parte en ellos como actor necesario e impostergable. En los periódicos de la época se leen muchos epigramas y chascarrillos anónimos alusivos a la conspiración de Melo, al proceso de Obando, a la paternal figura del presidente don Manuel María Mallarino, al ministerio mixto ensayado por éste, a la nueva constitución de la Confederación Granadina, y socarronas referencias en forma de romance antiguo, salidas de la pluma penetrante del joven Conto. El estilo es el hombre, dijo el conde naturalista, y el mocetón del Atrato lo mostraba muy definido en sus primeras producciones.

Cuando sonó el clarín de la guerra en el Cauca al concluir el año de 1860, Conto se sintió atraído por las banderas de su ideal que ondeaban sobre los picos de los Andes Occidentales, en espera de la acción impetuosa de las fuerzas conservadoras comandadas por el poeta y general don Julio Arboleda. El incisivo animador de corrillos bogotanos había resuelto trocar la toga severa del licenciado en leyes, por la espada fulgurante del guerrero. Como oficial de grado medio actuó en la funesta acción de El Cabuyal, donde las tropas liberales, comandadas por el general Eliseo Payán, cayeron vencidas por las que dirigía Arboleda. Prisionero Conto en el campo de Los Cristales, logró cuando era conducido al próximo cuartel de Palmira o Tuluá, desertar por un desecho que atravesaba el páramo de Barragán, accidente geográfico que separa las aguas que toman la cuenca del Magdalena y las que buscan su curso por la depresión del Cauca. Sufriendo las penalidades propias de una fuga y las angustias del estado de guerra, consiguió el fugitivo llegar a Bogotá, en donde el general Mosquera había podido instalarse como jefe supremo del gobierno provisorio arrebatado de las manos del presidente titular doctor Mariano Ospina Rodríguez, contra quien se movió la sangrienta guerra de 1861.

No habiendo hallado en el nuevo mandatario atmósfera propicia para sus justas ambiciones políticas, quizá por obrar en el puntilloso vencedor el recuerdo de una reciente actitud erguida y orgullosa del doctor Nicomedes Conto, su padre, resolvió el infatigable luchador emprender su iniciación en la carrera política en el propio territorio de sus mayores. Sancionada la constitución de Río-negro, y organizado el Cauca en la forma soberana prevista en aquel estatuto, hízose cargo de empleos importantes en las ciudades de Palmira y Cali, donde sus actuaciones inteligentes le conquistaron el aprecio de sus conciudadanos. Para aprovechar sus capacidades, sus copartidarios le eligieron varias veces para ocupar una curul en la asamblea del Estado. Las campañas libradas allí en pro de los intereses generales y en beneficio particular de las provincias que le confiaban su representación, atraieron la atención de los mandatarios seccionales, quienes le llamaron sucesivamente a servir las secretarías de hacienda y de gobierno del Cauca.

Ensanchose el compás de sus propósitos, trabajando con eficacia, pero con decoro, la elección de representante ante el Congreso

Nacional. Este honor le fue discernido varias veces sin interrupción. Las actas de las sesiones parlamentarias contienen multitud de constancias relativas a la participación de fondo en los debates que se provocaron sobre finanzas, deuda pública, patronato eclesiástico, relaciones diplomáticas, límites internacionales, protección y libre cambio. Los comentaristas de la política de aquel tiempo se lamentan del genio bromeador con que se prodigaba Conto en intervenciones que deberían estar amparadas con el sello de una perfecta austeridad. Una agudeza disparada en momento inoportuno, muchas veces inflamó los ánimos del contendor, precipitando a la violencia verbal y agitando el sedimento de las pasiones contenidas, que son las más peligrosas. Cuando se refería a los títulos honoríficos de los jefes del otro partido, lo hacía acudiendo al equívoco burlesco, tratando de vestir con el ropón del ridículo los méritos contraídos para con gubernamental, con rendimiento sensible para el Estado. A los cuales la causa de su convicción. También los propios hubieron de soportar el tiro de sus saetas. Exaltado en sus opiniones, era reconvenido a menudo por los caudillos reposados. Pero si la reconvenición pasaba del tono amable al acento de reproche, la imaginación de Conto hallaba en el instante mismo la metáfora que ortigaba la sensibilidad de los discretos regañones.

La versación que Conto revelaba en los debates de orden fiscal, matizada de ágiles recursos para solventar situaciones apuradas para la tesorería nacional, le acreditó como apto para desempeñar la Secretaría del ramo durante la presidencia del general Eustorgio Salgar. Sin embargo allí permaneció muy poco tiempo por no tolerar las intrigas de los aspirantes que influían muy fácilmente sobre la voluntad del caballeroso y suave presidente Salgar. El carácter apacible y transaccional de éste no se avino mucho con la índole irritable y áspera de Conto.

Fatigado éste del ajeteo político y un poco descorazonado por las ruindades de la codicia, que lo mismo se daba al escarceo entre los sillones del Congreso que en los corredores de las secretarías de la administración ejecutiva, optó por trocar el móvil de sus aspiraciones. Ya la máquina de su talento poderoso había demostrado finas aptitudes teóricas y prácticas para obrar en los ramos legislativo y gubernamental, con rendimiento sensible para el Estado. A los cuarenta años de edad un hombre de las capacidades de César Conto,

con la serenidad que confiere la experiencia, y con dilatada versación en la ciencia jurídica, bien podía aspirar a completar su carrera de estadista ocupando una silla en la Corte Suprema Federal, cuyos cinco magistrados eran elegidos, conforme a la constitución de 1863, por el congreso en sesión plenaria. Influencias personales no le faltarían, que prestigio propio tenía, y con exceso. Así que bastó que declarara su deseo, para que en la elección de miembros de la Corte practicada en 1873, resultase favorecido con el voto de sus amigos y admiradores.

La quietud de la Corte dejó de ser ambiente propicio para el temperamento de Conto. En el ejercicio de la magistratura experimentó la nostalgia de la lid agitada donde pudiese soltar las amarras de la elocuencia indómita. Administrar justicia en nombre de la república y por autoridad de la ley era menester demasiado solemne, casi beatífico, para quien se había habituado a la conmoción popular y al clamor tumultuario. Conto no tenía el corte sutil de los varones forenses. La consistencia de su alma pertinaz y férrea le daba la forma de los gladiadores antiguos, que entendían poco de la piedad y de la conmiseración. Su pensamiento andaba siempre acariciando la cúspide de la victoria. En el despacho de la Corte recibió mensajes obligantes en que le invitaban al Cauca a dirigir e impulsar la campaña en pro de la candidatura suya para la gobernación de aquel Estado soberano. Así sucedería al general Julián Trujillo, magnánimo sujeto, que se hallaba en las postrimerías de un segundo período de mando ejecutivo.

Obedeció Conto a las insinuaciones comprometedoras de sus partidarios, y levantando su tienda de combate electoral hoy en Popayán, mañana en Cali, otro día en Buga o Palmira, alcanzó un triunfo relativamente fácil, pues el único contendor que trató de presentarse en el campo, el joven político don José María Quijano Wallis, candidato de unos pocos liberales moderados y de los conservadores, renunció intempestivamente su postulación, por el peligro evidente de una derrota de fatales consecuencias para su carrera pública.

Posesionado Conto de la gobernación, comenzó a sentir la presión amenazadora de las provincias de Pasto y Túquerres, medularmente conservadoras, que hacía diez años venían clamando por una mediana autonomía política, sin que se hiciese caso de su demanda.

Ante la actitud de la oposición conservadora, el gobernador Conto, fiel a su doctrinarismo liberal, y de acuerdo con la Asamblea del Estado, adoptó medidas de represión demasiado enérgicas, las que en vez de conseguir la pacificación, precipitaron el cataclismo bélico. Dada la estructura de exorbitante federalismo con que se hallaba constituida la nación, la guerra tuvo características de contienda religiosa internacional, pues los gobiernos de los Estados limítrofes de Antioquia y Tolima, respaldados por mayorías conservadoras, congeniaban con los revolucionarios del Cauca y les estimulaban con apoyo decidido. La violencia del encuentro en el territorio caucano se extendió por todas partes, produciendo el período anormal de conflicto armado, conocido en la historia de Colombia con el nombre de Guerra del 76. Esta resultó favorable al radicalismo en los campos de batalla; pero fue triunfo pírrico porque le alejó del gobierno central con giro a corto plazo; como que del alto precio con que se cobraba el triunfo postulando para la presidencia de los Estados Unidos de Colombia, en el subsiguiente período, a uno de los vencedores, se tomó la lección para oponer la candidatura del doctor Rafael Núñez que atraería los votos de todos los vencidos y de una pequeña pero suficiente parte de los vencedores, que no pudieron ver con ojos impasibles el nombre inquietante del general Tomás Rengifo.

En esta labor preparatoria no estuvo ausente César Conto. Su radicalismo exaltado, su enciclopedismo intransigente y el frenesí de la victoria no fueron obstáculo moral para disentir de la opinión general del liberalismo triunfante acerca de la opaca personalidad del caudillo antioqueño. La masa popular que encabezaba Rengifo rugía en las plazas del Cauca con el grito coreado "guerra a los ricos"; lo que causó muy justa preocupación al ex-gobernador del Cauca en los mismos instantes en que se ventilaba la escogencia del liberal eminente que debería iniciar el período presidencial de 1880. Acaso le repugnase a Conto el solo anuncio de la coalición de gentes de su partido con la opuesta comunidad. Pero adivinaba los males que sobrevendrían al país si la buena suerte comicial acompañaba al héroe de Los Chancos. A su perspicacia no se escapaba que de la postulación de éste tendría, por razón de lógica evolución social, que triunfar la corriente coalicionista de los regeneradores. Así lo comentó con los grandes conductores del radicalismo. Pero sus pa-

labras no recibieron el favor de una aceptación. Ellas habían caído en la conciencia de los jefes de la colectividad, que otros llamaban el Olimpo Radical, como las semillas frustradas del Evangelio. Pocas semanas después de estos comedidos requerimientos, don Carlos Martínez Silva, redactor de la revista política del Repertorio Colombiano, apuntaba desde su acertada torre de observación: "Entre el general Rengifo y el señor Núñez está, pues, empeñada la lucha electoral. Quién tenga hoy mayores probabilidades de triunfo es difícil determinar, pues las fuerzas parecen bastante equilibradas, y ese equilibrio no se romperá hasta que no se tenga el resultado de los cambios a mano armada que no dejarán de verificarse en varios de los Estados de la Unión".

Tal fue la última intervención de César Conto en los destinos del partido radical mientras fue gobierno. Si el bando claudicó no fue por falta de diligencia de uno de sus preclaros caudillos. La imprudencia de otros será lo que la historia política del país tendrá en cuenta para medir la responsabilidad. Hasta aquí, pues, el hombre de Estado. Para apreciar biográficamente al hombre de letras tenemos que retrotraer la observación al momento en que brilla en el cielo de la poesía colombiana, como astro en formación que en día no lejano, se revelaría como estrella mayor, con luz propia y de alta influencia sobre el cosmos lírico nacional.

Mientras estudiaba, Conto dedicaba sus ocios a truhanerías versificadas; algunas de las cuales fueron desplantes de inverecunda lubricidad que circulaban manuscritas entre jóvenes de rompe y rasga. Cuentan las gentes viejas que hasta fines del siglo pasado, aún andaban por debajo de mano, copias de aquellos cantos de grosero realismo, que chorreaban lujuria por cada uno de sus consonantes, como si fueran espitas de los toneles dionisíacos. La perfección de su técnica no disculpa el abajamiento de la lira hasta el entresuelo de la pornografía, y menos en una inspiración delicada y noble como la de Conto. Cosas de la edad, dirán quienes preconizan el lema equívoco del arte por el arte.

La primera manifestación seria del estro de Conto se produjo después de la velada con que el Liceo Granadino conmemoró el 20 de julio de 1856. Veinte años y medio tallaban sobre su cuerpo el bloque de su juventud. En aquel acto famoso, al cual el joven estudiante asistía como simple espectador, escuchó de labios del gran lírico don José Joaquín Ortiz la oda monumental que arranca soberbia:

Puede gemir un pueblo esclavizado
bajo el yugo de odiosa tiranía.

El entusiasmo del joven al escuchar el verbo caudaloso de Ortiz fue tanto, que salió de la velada directamente a dejar correr la pluma sobre el papel, sin parar hasta la vigésima y última octava de un canto precioso que tituló *El Poeta*. Para juzgar de la energía de la expresión, de la abundancia de ideas y de la exuberancia de la intención, reproducimos la décimatercia estrofa que muestra una faz de la filosofía escéptica de su autor:

Busca el hombre en el mundo la ventura
para saciar su corazón sediento;
mas si prueba el placer por un momento,
siglos padece de dolor también;
y al ver desvanecida la esperanza
que le hizo amar su efímera existencia,
talvez alzando el grito en su demencia
maldice al Dios dispensador del bien.

En lo que más se singularizó la obra poética de Conto fue en el género de la traducción, llegando a veces a superar el fondo sentimental de la poesía original. Apostamos doble a sencillo a que no se han vertido en el mundo de habla inglesa, oyendo la composición de Tomás Moore, las lágrimas que en el mundo de lengua castellana se han derramado sobre las páginas de "¿Cuál, cuál ha de ser?" El patetismo de la escena proletaria en la traducción no lo soñó el sublime irlandés.

En el ramo festivo la musa de Conto se embriaga de alegría y produce los cantos más entretenidos y ágiles, con los cuales, al par que ridiculiza los resabios sociales, pone en manos de la criatura humana el elixir maravilloso que diluye congojas y preocupaciones. Es la realización puntual del ideal latino *Córrige ridendo mores*. Modifica las costumbres valiéndose de la risa. Pocos en Colombia conocen aquella vivacísima composición humorística que ensalza en trece estrofas el sonoro vizcaíno en sus proteicas manifestaciones de placer, dolor, satisfacción, indiferencia, entusiasmo, amor, menosprecio e indignación, la que merecía dejando a un lado escrúpulos gazmoños, figurar en las antologías de la poesía castellana que recuerde a Quevedo, López de Mendoza y Bartrina. Al iniciarse aquel canto, nada más, rompe con la gravedad y pompa de los asuntos nobles:

Oh, qué palabra a su inventor bendijo
que tanta dicha a los mortales trajo
cuando inspirado por celeste musa,
dijo: Carajol

La inspiración y la gracia informan este elogio del verbo medi-

cinal y tónico, cuyo origen no se ha establecido, pero cuyas virtudes se perfilan genialmente en la sabrosa composición de Conto. Obra maestra del habla castellana es ella, y por lo mismo digna de divulgarse sin melindrosos temores de agraviar la decencia.

La vena patriótica de Conto destiló maravillas, sin propasarse. Para la histórica conmemoración del 20 de julio de 1873, bajo la presidencia del doctor Manuel Murillo Toro, el entonces magistrado de la Corte Suprema Federal, recitó en el florido patio de Santo Domingo su elogio épico a Páez, el centauro llanero héroe de Las Queseras, en treinta y cuatro robustos cuartetos saturados de gloria, de admiración y de júbilo.

El lado fuerte de Conto era la improvisación o repentismo. Pero al propio tiempo, el más débil, como que, por abusar del ejercicio de tan rara capacidad, caía en el abismo de la repetición, del lugar común, del prosaísmo y de la cacofonía. En las tertulias y saraos, en los convites de confianza, en los jolgorios y paseos, César Conto era el centro de acción o cráter prodigioso que disparaba coplas, epigramas, retratos, seguidillas, adivinanzas y trabalenguas que hacían saltar de risa a los concurrentes. La décima de Joaquín Pablo Posada, otro funámbulo de la estrofa, pinta magistralmente esta calidad de nuestro personaje:

Habla como de memoria
cual si estuviera leyendo,
a su gusto disponiendo
de la Fábula y la Historia.
Las reglas de la oratoria
no olvida en tales instantes,
y sin aires petulantes
brota, en forma de simplezas,
Tequendamas de bellezas,
Niágaras de consonantes.

En su prurito improvisador, osó, como parlamentario, violar inauditamente el reglamento de la cámara de representantes, cuando se vio puesto en el trance de votar para presidente de ésta en la famosa época de la liga de conservadores y liberales "cachiparados" o mosqueristas en el año de 1868. Los dos candidatos eran don Juan Agustín Uricoechea de los segundos y don Agustín Núñez de los primeros. Dada su simpatía por Uricoechea, tomó la papeleta en blanco y sobre ella trazó esta redondilla graciosa:

Como la liga es tan fea
y tienen tan malos fines,
entre los dos Agustines
voto por Uricoechea.

Durante la presidencia de don Aquileo Parra se discutió con acritud el presupuesto de la respectiva vigencia económica, por contener renglones señaladamente desfavorables a la doctrina conservadora, y más concretamente a los intereses eclesiásticos. Enteróse Conto de ello, en Popayán, donde ejercía la gobernación del Estado, y presintiendo una segura conflagración religiosa, tomó la pluma y le dirigió al presidente Parra el siguiente telegrama:

Señor Presidente Parra:
Ojo de Argos, Aquileo,
que la cuestión es diabólica,
se nos viene la Católica
por el presupuesto ateo.

Cuando Conto editó en Londress su tomo de versos en 286 páginas, la crítica se mostró muy explícita con la colección, elegantemente ofrecida al mercado de libros del mundo hispanoamericano. Se particularizó por lo sesudo, aunque algo severo, el comentario publicado en el suplemento de La Luz, por el disertado humanista cubano don Rafael María Merchán. No obstante los reparos serios que este notable crítico puso a la obra de Conto, el poeta debió sentirse pagado con la deferencia de Merchán, por el elogio que hizo de su sensibilidad estética.

La maestría con que dominaba la lengua de los Luises y Cervantes, más el vasto conocimiento que Conto poseía sobre los idiomas francés, inglés e italiano, le atrajeron la simpatía de la recién fundada Academia Colombiana, no obstante la aguda tendencia conservadora de la institución. Fue así como el 6 de agosto de 1875, al inaugurar labores la respetable corporación filial de la Real Academia Española, César Conto fue aclamado miembro correspondiente. En aquella memorable sesión votaron a favor del poeta chocoano figuras de la talla de Miguel Antonio Caro, José Joaquín Ortiz, José María Vergara y Vergara, José Manuel Marroquín, Enrique Alvarez Bonilla y José Caicedo Rojas.

Don Rufino José Cuervo le honró con opiniones favorables a su erudita obra "Apuntaciones sobre la Lengua Inglesa", editada en París en 1883. Se recuerda que temeroso Cuervo de enviar copia del concepto a la Academia Colombiana, quizás por las escaldaduras políticas de años muy recientes, escribió al señor Caro manifestándole su temor de haber disgustado a los académicos. El señor Caro le contestó que no sólo había satisfecho a todos el contenido de la hermosa epístola dirigida a Conto, sino que la había llevado al periódico *El Correo Mercantil*, para que viese la luz el 4 de agosto de

1883. Estas atenciones de Caro no fueron óbice para que cinco años después entrasen en polémica jocoseria sobre temas filosóficos y sintácticos. Don Miguel Antonio escribía en serie en *La Nación*, con la mordacidad que le era característica, bajo el título de Gramática Parda; mientras Conto le replicaba en su periódico *El Liberal*, bajo la rúbrica de Gramática Rucia. La ironía de éste no le cedía en mérito al estilo perfecto de su contendor. Para tal viga, tal azuela.

El periodismo fue también predio donde espigó galanamente este aprovechado prócer de la intelectualidad colombiana. Redactó en Cali el periódico *La Revolución*, cuando hacía sus primeras armas políticas. Colaboró intensamente en *El Caucaño*, que se publicaba en Popayán, y, finalmente, a su regreso de Londres, en *El Liberal*.

Trabajó en colaboración con el notable gramático antioqueño don Emiliano Isaza una guía ortográfica de apellidos y nombres propios ambiguos, que se editó en Inglaterra en 1885.

Después de haber desempeñado durante varios años el consulado general de Colombia en Londres, retornó a su patria, pobre, triste y sin salud. Aquí se esforzó por hacer algo, pero no encontró ambiente propicio. Los adalides de la regeneración no miraban con buenos ojos a los númenes del Olimpo Radical. Su partido le erigió en jefe, aprovechando no sólo su autoridad, sino la comodidad de tener consigo *El Liberal*. La virulencia del ataque de Conto contra el gobernante regenerador fue tal, que en vísperas de las elecciones de abril de 1888, se clausuró el periódico y se arrestó a su director. Los políticos de la oposición revelaron entonces que el presidente doctor Núñez había dado la orden verbal para que la policía obrase así contra el ardoroso radical. Teniendo en cuenta la pésima salud de Conto y el resultado favorable de las urnas para el gobierno, se le devolvió la libertad. El combate que tuvo que librar en adelante con la miseria fue implacable y doloroso. En materia de intereses pecuniarios su abnegación fue tanta que don Jorge Isaacs refería un episodio digno del más ilustre ateniense: hallándose Isaacs al frente de la Superintendencia de Instrucción Pública del Cauca recibió instrucciones del gobernador para abrir más escuelas donde ellas faltasen. Isaacs objetó que el presupuesto no daba para más de lo que hasta entonces se hacía, y que el Secretario de Hacienda, don Modesto Garcés, no se manifestaba pródigo con el ramo escolar. Ordenó Conto que el secretario Garcés se acercase al despacho del gobernador con el fin de darle la siguiente perentoria e inapelable orden: "Suministre usted de preferencia a todo otro gasto, lo que

le pida el Superintendente Isaacs; y si faltan fondos, olvidese de que a mí se me paga un sueldo." Hermoso rasgo que explica la pobreza de sus últimos años.

Supo estas vicisitudes en Guatemala su cuñado el doctor Miguel de Velasco y Velasco, quien allí ocupaba posición prominente, y le invitó a que se dirigiera a esa ciudad centroamericana. Aceptó Conto la invitación. Desempeñó allá varias cátedras hasta el 30 de junio de 1891, en que una apoplejía ocasionada por exceso de trabajo mental, lo llevó al sepulcro.

La patria no ha sido pródiga en homenajes para con este ciudadano excelente que si no paladeó a todos dentro de su modalidad política, sí contribuyó con las luces de su inspiración a dilatar los horizontes de la cultura colombiana y a aumentar su fama de pueblo digno de ser imitado por otros que surgieron a la vida continental, en el mismo tiempo y bajo los propios auspicios.

BIBLIOGRAFIA

- Poesías, por César Conto.
- Apuntaciones sobre la lengua inglesa, por César Conto.
- Papel Periódico Ilustrado.
- Repertorio Colombiano.
- Recuerdos Históricos, por Aníbal Galindo.
- Apuntamientos para la Historia, por Constancio Franco.
- Memorias Autobiográficas, por J. M. Quijano Wallis.
- Notas Políticas, por Eduardo Rodríguez Piñeres.
- Anuario de la Academia Colombiana.
- Antología Poética, por G. Otero Muñoz.
- Parnaso Colombiano, por Julio Añez.
- Epistolario de Rufino J. Cuervo y M. A. Caro.
- Diccionario Biográfico, por Joaquín Ospina.
- Corona Fúnebre, Juventud Liberal Caucaña, 1891.
- La Luz. 1884.
- El Liberal. 1888.
- La Nación. 1888.